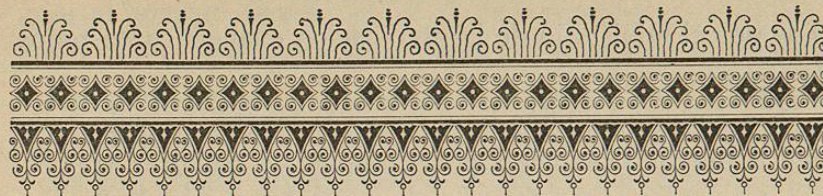


DEL BUEN USO DE LA LENGUA



DEL BUEN USO DE LA LENGUA



LA lengua, uno de los miembros más pequeños de nuestro cuerpo, es no obstante uno de los más útiles é importantes. La lengua es un instrumento de inestimable valor, si se emplea según el fin á que Dios la ha destinado. Con la lengua *bendecimos á Dios y le alabamos* (1); en la lengua descansa el Cuerpo adorable de nuestro amantísimo Jesús en la santa comunión; ella es nuestra medianera con Dios; de ella nos servimos para confesar nuestros pecados é implorar la divina misericordia, para manifestar á nuestros semejantes las ideas que concibe nuestra mente y los sentimientos y afectos de nuestro corazón; de ella se ha servido siempre Dios para manifestar su voluntad á los hijos de los hombres y para convertir á los pecadores más endurecidos por medio de sus enviados (2). ¡Cuántos bienes no ha producido y está derramando sobre la tierra este admirable órgano de la palabra!, y ¡cuánta gloria no ha dado á

(1) Jacob., III, 9.

(2) Act., II, 4; Act., XIX, 6; Psal. XVIII, 5; Rom., X, 18.

Dios por el ministerio de la predicación evangélica en todos los siglos!...

Sin embargo, ¡quién lo creyera!, la lengua ha sido también la que ha producido en el mundo los mayores trastornos, las catástrofes más espantosas. ¿Sabéis por qué? Porque entre todos los miembros de nuestro cuerpo la lengua es el más rebelde, dice el apóstol Santiago (1). Sí; el hombre con su industria logra domesticar al león y al tigre, y ser obedecido del oso y del elefante; pero su lengua no la puede enfrenar, escribe San Agustín. Y en ello no hay exageración, hermanas mías, pues, como muestra la experiencia, á menudo hallaréis personas que han logrado enmendarse de graves pecados habituales; que se han apartado de ocasiones de pecar y aun han renunciado generosamente—movidas por la gracia— las pompas y vanidades del siglo en que antes vivían engolfadas; pero que hayan domado perfectamente la lengua, ¡cuán pocas conoceréis! Ya no debe extrañaros que, á pesar de ser harto crecido el número de devotos que aspiran á la perfección y frecuentan los Santos Sacramentos, sean tan pocos los verdaderamente espirituales, porque no han tratado nunca de vencerse en este punto.

Pues bien: nosotros que también aspiramos á la perfección, porque este es nuestro deber como religiosos, debemos persuadirnos de que no la alcanzaremos si no procuramos con empeño enfrenar la lengua, pues á ello estamos obligados como «cristianos» y como «religiosos».

~~~~~

*Como cristianos.* En primer lugar, como cristianos estamos obligados á enfrenar nuestra lengua. Dice el gran Padre de la Iglesia San Ambrosio, que Dios Nuestro Señor, al

(1) Jacob., III, 8.

criar al hombre, *inspiró en su rostro soplo de vida* (1), y pregunta: «¿Por qué quiso Dios soplar en el rostro del hombre, »y no en el pecho, en el corazón, en los pies ó en las manos? »La razón es, añade, porque en el rostro se hallan los sentidos corporales, especialmente la lengua, que es la que más »necesita ser santificada por Dios, para que no se extralimite»; la lengua, *en cuyo poder está la vida ó la muerte del alma* (2); la lengua, que, bien empleada, constituye un manantial de bienes, pero mal dirigida *encierra todo un mundo de males* (3). Así es, hermanas mías, porque con los pies sostenemos el cuerpo y andamos sobre la tierra; con las manos practicamos el bien y ayudamos al cuerpo en sus múltiples necesidades; pero los pies y las manos y todas las operaciones del cuerpo son dirigidas por el entendimiento y el corazón, y sabido es que las operaciones del entendimiento y del corazón se manifiestan por la lengua. Ved cuánta necesidad tenían los sentidos del hombre de ser alumbrados con luz divina y santificados con el soplo de Dios, especialmente la lengua, que había de ser el medio por el cual había de propagarse esta luz y manifestarse esta santidad durante la vida.

Además, como *las obras de Dios son perfectas* (4) y nada hizo al acaso, sino ordenado todo al fin de su creación, atendamos al modo como ha hecho y colocado Dios nuestra lengua, con relación á los oficios que debe desempeñar. Observemos en primer lugar con San Bernardino, que Dios ha dotado al hombre de dos oídos, dos ojos, dos fosas nasales, dos brazos, dos pies y dos manos con muchos dedos en ellos, y no obstante, á este cuerpo tan complicado, tan voluminoso y tan perfecto le pone una sola lengua y ésta encerrada en

(1) Génes., II, 7.

(2) Prov., XVIII, 21; Eccli., XXVIII, 13.

(3) Jacob., III, 6; Eccli., XXVIII, 22.

(4) Deut., XXXII, 4; Eccli., XXXIX, 21.

la boca, sujeta en su parte inferior por una membrana llamada frenillo, y guardada por doble muralla de dientes y labios. ¡Dios mío!, ¡cuán indómita debe de ser esta fiera, cuán ponzoñosa esta víbora, cuando tanto esmero habéis puesto en rodearla de precauciones, al parecer excesivas! Pero no lo son; no son excesivas estas precauciones, pues si bien ha dado Dios al cuerpo miembros duplicados, ha sido para que aprenda el hombre á practicar el bien sin tasa ni medida, pero á ser muy parco y comedido en las palabras, según dice el apóstol Santiago: *Sea todo hombre presto y fácil para oír, y tardado para hablar* (1). No debe maravillarnos, dice San Bernardo, que Dios haya encerrado la lengua con doble muralla, porque ella es el instrumento de la razón, y la razón es como *un destello de la sabiduría de Dios* impreso en nuestra alma, dice el real Profeta (2). Por la razón nos distinguimos de los animales irracionales; por eso éstos no hablan, porque, como carecen de razón, no pueden discurrir, y por tanto les es imposible manifestar con la lengua los conceptos del entendimiento, como lo hacemos nosotros.

Debe, pues, estar sujeta nuestra lengua al dictamen de la razón, es decir, de la ley natural, y ésta señala tres deberes principales respecto al uso de la lengua, que consisten: 1.º, en alabar á Dios; 2.º, en salvar nuestra alma; 3.º, en edificar al prójimo. De modo que, si faltamos con la lengua á alguno de estos tres deberes, no haremos de ella el uso para que ha sido destinada, y por tanto ofenderemos á Dios, más ó menos gravemente, según las circunstancias.

1.º En primer lugar, se nos ha dado la lengua para «alabar y bendecir á Dios». Este es el primero y el principal deber de todo cristiano (3). Deber de «justicia», porque es nuestro Dios (4) que desde la eternidad ha puesto en nos-

(1) Jacob., I, 19; Prov., XVII, 27.  
(2) Psalm. IV, 7; Job, XXIX, 3.

(3) Dan., III, 82; Tobías, IV, 20.  
(4) Deut., X, 21; Psalm. XV, 2.

otros sus ojos y su corazón (1), y nos ha sacado de la nada (2), y nos ha colocado en este hermosísimo palacio del mundo, primorosamente adornado y copiosamente abastecido de lo necesario para el sustento y regalo de nuestro cuerpo (3). Deber de «gratitud» inmensa porque es nuestro Redentor, que, con el precio infinito de su sangre, nos ha reconquistado el cielo que habíamos perdido por la culpa original (4), y con su muerte nos ha dado la verdadera vida, la vida de la gracia que nos hace *herederos de Dios y coherederos con Cristo*, con derecho á la gloria, como dice el Apóstol (5). En esto debe emplearse principalmente nuestra lengua y mil lenguas si tuviéramos: en alabar y bendecir á Dios, que es también oficio de ángeles y bienaventurados, y en darle infinitas gracias por los beneficios que continuamente estamos recibiendo de sus benditas manos. Y así, ¡cuán pura y cuán santa no ha de ser la lengua que ha de emplearse en estas alabanzas, si desea que sean agradables en la presencia del Señor!, pues, como dice el Espíritu Santo en el Eclesiástico, *la alabanza de Dios no es hermosa en la boca del pecador* (6). Y ¿cómo ha de adquirir la lengua esa santidad y pureza si no procuramos guardarla y refrenarla?...

2.º También debe emplear su lengua el cristiano «en su »propia santificación». Y veis aquí, hermanas mías, el segundo fin que se propuso Dios al dotarnos de este órgano de la palabra. En efecto: debemos servirnos de la lengua, en primer lugar, para pedir á Dios todos los días que se compadezca de nuestras miserias (7) y nos conceda su amor y su gracia, con la cual seremos omnipotentes (8), y estaremos siempre

(1) Jerem., XXXI, 3; I. Petr., III, 12.

(2) II. Machab., VII, 28.

(3) Psalm. VIII, 8.

(4) I. Corinth., VI, 20; Coloss., II, 14; I. Petr., I, 18.

(5) Rom., VIII, 17.

(6) Eccli., XV, 9; Psalm. XLIX, 16.

(7) Psalm. L, 3.

(8) Philipp., IV, 13.